
País borrado



Seix Barral Biblioteca Breve

Ernesto Carrion

País borrado

© Ernesto Carrión, 2025

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2025
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

Primera edición de Colombia: julio de 2025
ISBN 13: 978-628-7816-05-3
ISBN 10: 628-7816-05-8

Impresión: xxxxxxxx xxxxxxx
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Para mis hijos que heredaron un país imaginario

El primer hombre viene del polvo de la tierra. En cambio, el segundo hombre viene del cielo. Los que pertenecen a la tierra son como el hombre que viene del polvo de la tierra, pero los que pertenecen al cielo son como el que viene del cielo. Ahora somos como el hombre que viene del polvo de la tierra, pero luego seremos como el hombre que viene del cielo.

CORINTIOS 15:47

Aucay, alias Jorge, fue detenido en su vivienda, en las calles Cacique Chaparra 522 y Paseo de los Cañaris, en Cuenca. El escuadrón volante, estructurado en el gobierno de León Febres Cordero, lo retuvo a las 02:40 del 28 de junio de 1986 y lo acusó de subversión. «Cuando me detuvieron me insultaban para que confiese mi vinculación con Alfaro Vive Carajo (AVC). Me condujeron por un lugar desconocido y en el carro me iban pisando la cabeza. Hubo un momento en que me dijeron: oye ¿por qué te dejas maltratar? ¡Da nombres, coopera!».

DIARIO EL COMERCIO

Si alguna vez ha existido una mente criminal brillante detrás de los asesinos seriales es la de Daniel Camargo Barbosa, un homicida despiadado que, aunque comparte los principales rasgos de la mayoría de los criminales colombianos —pobreza e inestabilidad, capacidad de engañar y embaucar— tenía una característica especial. Poseía un coeficiente intelectual de 116, lo que lo clasifica como una persona con inteligencia superior. Hablaba con propiedad de obras de literatura y filosofía, comprendía inglés y portugués y ostentaba capacidades sorprendentes para entender el mundo y la naturaleza (...).

ESTEBAN CRUZ NIÑO, *LOS MONSTRUOS*

La historia es la forma más ingenua de la literatura.

PAUL VALÉRY, *CUADERNOS*

PRIMERA PARTE

**EL VIEJO POETA
Y EL PERRITO**

2006

Sesenta kilómetros de agua. El viejo poeta apoya ambas manos sobre el barandal tibio y lanza una mirada al río. El agua es escape. Aunque no disipa el dolor, su movimiento es una especie de búsqueda demasiado larga. Son sesenta kilómetros de agua que se agitan sin perder el control. El río continúa bordeando la ciudad. Torciendo sus casas y veredas negras. Decorando todas esas vidas que desconoce. Todavía no renuncia a esa capacidad de experimentar asombro cuando se despierta y lo mira. El río es una presencia permanente y silenciosa como el pecado. Pestañea. Piensa en tanta gente que algún día paseó sobre esos kilómetros de agua en buques, pangas y lanchas. Gente que no existe más. Gente que él conoció y luego olvidó. El viejo poeta espera que el viento agite las hebras plateadas de su cabello. El viento cumple. La brisa masajea las entradas sobre su frente. Un tufo ligeramente salobre orienta su mirada. El agua es escape, piensa. Decenas, cientos, miles de seres atados a dos corrientes mudas, que no puede escuchar y que desea oír desde que llegó al puerto. Pestañea de nuevo. Tal vez la memoria no es otra cosa que mirar ese río tan ancho como el mar, moviéndose de un lado al otro, sin descanso. Kilómetros de agua viva y muerta tragándose todas las obsesiones y todas las pérdidas. Aprieta con sus manos el barandal por varios segundos. Inhala exageradamente. Quiere que algo del río,

su selva negra o su agua debilitada, emita finalmente un sonido. Se aleja del balcón decepcionado. Cruza la sala en silencio y abre la puerta.

Nadie puede sentirse parte de un país sin haber sobrevivido a cualquiera de sus actos violentos. Es mentira que el fútbol genera un sentimiento nacional, igual al de la guerra. Porque tanto el fútbol como la guerra ocurren en espacios delineados por ciertas reglas. Y a una considerable distancia. Digamos que, en otras palabras, tu pellejo no está en riesgo. Tu pie no patea el balón que entra en el arco contrario y deja boquiabierto al guardameta del equipo enemigo. No es tu cuerpo el que está tumbado en la maleza mientras silban cientos de balas como un electrizado enjambre de avispas sobre tu cabeza. Pero ¿qué ocurre cuándo todos esos actos violentos son borrados, tachados o disminuidos? ¿Qué ocurre cuando los muertos se hacen invisibles y pasamos la página de los momentos más urgentes por revisar? ¿No hace eso de nuestra gente un grupo de insensibles desmemoriados a posta? ¿Y qué pasa con un país donde cada ciudadano, aunque se engañe y pretenda no interiorizarlo, recuerda a la perfección aquel momento? El momento en que un acto violento en su país lo cambió todo, que fue también el momento en que eligió callar. Por ejemplo, hoy acaban de matar a un hombre. Y exactamente hace un año mataron a otro. Sin embargo, quienes hablaron del segundo muerto ya dejaron de hacerlo. Y quienes hablan hoy alarmados, del primero, en menos de un año dejarán de nombrarlo. No sé qué tiene la gente de este país que cuando asesinan a alguien, en lugar de aferrarse a la justicia, a la búsqueda de la justicia o al esclarecimiento de los hechos, experimenta una especie de cimbrón que conduce al silencio. A la complicidad de un silencio

general. Casi como si existiera un acuerdo tácito de que quien cae asesinado, en estas tierras, lo hace bajo su propio riesgo y no merece ya nada de nuestra parte.

Así le parece escuchar a su compadre Bermúdez en una de sus interminables pláticas de historia, después de varios whiskies. Su pierna derecha cruzada sobre la izquierda. Sus manos enlazadas en la rodilla. La sombra de su perfil alineada con el surco largo de su pantalón de sastre. Fumando otro cigarrillo con el cabello aún sospechosamente oscuro, y con la barba canosa bien retocada. Mirándolo fijamente y repitiendo: «Es que nosotros no aguantamos a un dictador, tuvimos a un orador ferviente; jamás pasamos por una dictadura, flotamos en una dictablanda; no hubo una guerrilla conectada con las demás guerrillas latinoamericanas, hubo una caterva de muchachos asaltabancos y secuestradores desocupados; aquí no asesinaron a nuestro presidente más joven y progresista, su avión se cayó misteriosamente matándolo a él junto a su mujer y comitiva; no hubo un grupo de conspiradores poniéndose de acuerdo para matar al presidente Eloy Alfaro, fue arrastrado e incinerado por la ira auténtica del pueblo. Y etcétera, ¿cierto? En este país pocas cosas se nombran apropiadamente. Incluso se omiten algunos episodios de su historia. Y lo que no se nombra no puede materializarse, venir al mundo. Tampoco cambiar. Desde hace décadas nos acostumbran a vivir en una nación donde no pasa nada, donde no hay a quién echarle la culpa de esas muertes. Lo que es tremendamente falso, compadre».

El viejo poeta sabe que esas palabras que ahora recuerda, que mastica en su mente mientras camina por la calle 9 de Octubre, tienen que ver con la carta que recibió la semana anterior y que decidió ocultar en el escritorio de su oficina. Una carta que le ofrecía las sombras de unos cuerpos intoxicados por el delirio. Una carta íntima que decía lo siguiente:

Querido Newman:

Alguna vez afirmaste, entre lágrimas, que si tu corazón hubiese sido un libro de consulta, habría terminado extraviado. Y que el amor es solo el ratito en que el pájaro de la fascinación cae atravesado por el falso sueño de la inmortalidad.

Han pasado demasiados años. ¿Llevas la cuenta? Y aunque ambos estuvimos de acuerdo en la distancia, no sé por qué imaginé que algún día renunciarías y echarías abajo esa cláusula tácita que, en contra de cualquier lógica, ambos convenimos.

¿Tú has cambiado mucho? Yo no. Sigo siendo la misma mujer que alguna vez

te pidió que encontraras a su hermana. Una mujer que dejó atrás el pasado sin pisar jamás el futuro. Porque el futuro nunca llegó. Y el tuyo, de haber sido un futuro, nació con las piernas muy cortas. Sobre todo, después de lo que pasó entre los dos.

Últimamente me dio por revisar las cartas que me escribiste durante los primeros años, cuando aún buscabas a mi hermana y querías saber lo que ocurría en mi casa.

También me gusta abrir tu libro de poesía, *El mar de los hoteles*, donde hay un poema que me dedicaste solapadamente. Reviso esas líneas donde cuentas sobre la última vez que nos vimos, que fue realmente un domingo en el *hall* de un cine. Me inmoviliza que hayas congelado ese momento. Tú disimulabas la tristeza tomando de la mano a tu hija, pequeña todavía, mientras tu mujer le compraba golosinas. Yo también disimulaba mi tristeza tomando de la mano a mi hijo. Estaba algo paralizada por volver a verte. Por tenerte tan cerca sin poder tocarte. Ninguno de los dos podía llorar. Ninguno de los dos podía acercarse a saludar. Ambos nos mirábamos y fingíamos no hacerlo. Ambos avanzábamos en la realidad por separado.

Y así hasta el día de hoy.

Ahora debes venir a verme porque lo que tengo que decirte no puede ser dicho por teléfono. Menos, por carta. Y el tiempo, créeme, hace mucho que dejó de estar de nuestro lado.

Te quiere,

Justine

Pensó que se las había apañado, a pesar de la edad que ambos tenían ahora, para escribir una carta un poco en clave. Era algo literaria. Quizás, bastante literaria. Además, había empleado el apodo que a ella le encantaba decirle: Newman. Un mote que ella misma le encajó en honor al actor norteamericano Paul Newman. También firmó su carta con el apodo que él le había puesto desde la primera noche que pasaron juntos: Justine.

La carta, por suerte, no fue entregada a su departamento. Se la dio directamente el guardia del edificio, cuando salió a pasear el sábado por la mañana. La abrió apenas reconoció la dirección con la letra. Y la leyó sentado en una banca al pie del malecón, oliendo el fuerte aroma del río que casi siempre brillaba mudo: kilómetros de agua bordeando una jungla que era suya, pero a la vez desafiante y desconocida.

El viejo poeta se quedó un buen rato observando esas líneas de caligrafía perfecta, dictándose las en la mente, repasándolas en voz baja. ¿Para qué verse de nuevo? ¿Para qué remover el pasado? ¿Para qué dejarse arrastrar una vez más por las aguas salobres de la pasión? Contuvo la respiración mientras una pareja, tomada de la mano bajo los rayos solares que iban ganando intensidad, sacándole luz a su mundo, pasaba cerca. Luego, dobló despacio la carta, a lo lejos una lancha cruzaba el río, abriendo la masa de agua y formando pliegues fantasmales cercados por plantas acuáticas.

Hacía mucho que no sabía nada de Justine. Más de quince años, precisó su mente cuando se puso de pie con la carta ya en el bolsillo de su guayabera. Quince años: la vida entera de algún chico o de cualquier animalito. Quince años en que no se había desentendido del todo, a pesar de no verla. Quince años en que ambos dejaron de escribirse. Entonces, casi de golpe, cobró forma su hermana: una muchacha de veintitrés años con ojos saltones y pómulos cortantes. Una joven inquieta de quijada diminuta y esquiva. Cerró los ojos para prolongar la imagen de la muchacha en su cabeza: el largo pelo azabache hasta la cintura. La sonrisa autómata. El ceño relajado bordeando una chispa íntima. Y optó esa mañana por dejar en el pasado las cosas del pasado. Llegó hasta su oficina para sepultar la carta allí mismo, entre un montón de facturas y carpetas.

Había una emergencia familiar que le impedía responderle a la mujer. No se sentía como un galán declamador de versos en la oscuridad de una habitación frente a otro cuerpo desnudo. Ni tenía ganas de volver a sentirse así. El tiempo, como apuntó Justine en su carta, no estaba de su lado. Ni del de nadie. Y encima a él le habían caído los años con todo el peso de las ruinas.

Ahora toma rápidamente un taxi a la altura del casino Monte Carlo en la calle 9 de Octubre. Atraviesa el gentío: esa marea natural de cabezas acaloradas enredándose tras un espejismo opaco. Piensa en su hija y en el perrito que quiere comprarle. En que si pudiera arrancar la tristeza del cuerpo de su hija, como quien retira un apósito, lo haría de inmediato. Sin embargo, no puede evitar oír en su mente otra vez la voz sombría de su compadre Bermúdez: «Quizás un país que borra con engaño su violencia no es un país».